



Dos discípulos de Jesús iban andando aquel mismo día, el primero de la semana, a una aldea llamada Emaús, distante unas dos leguas (10 kms) de Jerusalén; iban comentando todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: "¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?" Ellos se detuvieron preocupados. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le replicó: "¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que no sabes lo que ha pasado allí estos días?" Él les preguntó: "¿Qué?" Ellos le contestaron: "Lo de Jesús, el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel. Y ya ves: hace dos días que sucedió esto. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado: pues fueron muy de mañana al sepulcro, no encontraron su cuerpo, e incluso vinieron diciendo que habían visto una aparición de ángeles, que les habían dicho que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron." Entonces Jesús les dijo: "¡Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria?" Y, comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura. Ya cerca de la aldea donde iban, él hizo ademán de seguir adelante; pero ellos le apremiaron, diciendo: "Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída." Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció. Ellos comentaron: "¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?" Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: "Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón." Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan. (Lucas 24, 13-35)

En una antología de textos evangélicos no puede faltar esta página de Lucas. Vosotros tenéis todo el derecho a saborearla y a dejar que os toque una u otra fibra de vuestra fe y de vuestro corazón. Lucas la escribió para sus cristianos. Creo que él comprendía, con la cabeza y el corazón, lo que ellos necesitaban. Y se lo regaló. Y nos lo regala. La "información" ya está en el final de Marcos (16, 12-13). Pero Lucas insufla vida al relato: son dos que andan con Jesús, aunque no de los once; uno tiene nombre: Cleofás (chisme para lectoras: en Juan 19,25 se nos dice que, junto a la cruz de Jesús "estaban su madre, la hermana de su madre, María la mujer de Cleofás y María Magdalena". No está prohibido pensar que los discípulos sean una pareja. Fin del chisme).

El narrador sabe a qué hora han salido de Jerusalén, que los once están muertos de miedo, que algunas mujeres han ido al sepulcro y no han encontrado el cadáver de Jesús; que algunos varones del grupo han ido a comprobar lo que decían las mujeres y vieron que era tal cual... ¡pero a él no lo vieron! Siente la amargura, que es más que tristeza, de quienes se habían metido de cabeza en el remolino del profeta "poderoso en obras y en palabras" y que había terminado destrozado en una cruz. "Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel. Y ya ves: hace dos días que sucedió esto". ¿Cuántos cristianos de entonces, y de ahora, pasaron y pasamos por la misma sensación del fracaso de Jesús, de quien puede reírse cualquiera, en cualquier medio y en la cruda realidad social?

Lucas, que nos pinta a sus protagonistas regresando a su cotidianidad sin Jesús, añadirá a este como caminante que sabe escuchar, con-sufrir y poner fuego en los corazones. "¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?", se dirá la pareja, corriendo en alas del Espíritu la media maratón hasta Jerusalén, en plena noche. Porque, cuando uno se ha encontrado con él, no puede guardárselo para disfrute místico, hay que compartir la certeza de la vida.

Se han hecho amigos. Le invitan a comer. El invitado parte el pan y pronuncia la bendición. ¡Hay que haber compartido mesa muchas veces con alguien para descubrirlo en la forma de partir el pan! Quizá de eso se trata, más que de compartir aulas y pupitres y discursos intrincados de teología. De compartir la comida, el dolor, la esperanza, la vida.

10 kms. de vuelta a Jerusalén, sin miedo, en plena noche, amanecida ya para ellos, que se quitaban la palabra para contar... y todos se abrazaron porque los de Jerusalén también habían salido de su propia tiniebla. Hay días en que todos sentimos que Dios se nos ha perdido por el camino y que no merece la pena intentar cambiar nada, porque los poderes siguen siendo los dueños de las cruces. Si sentáramos a nuestra mesa a un niño africano, a una mujer ultrajada, a un naufrago de patera, a una abuela a punto de ahogarse por un virus, a la comadrona que atiende el parto en un campamento de refugiados, a Dios que habita en todos ellos... ¡Ay, si lo hiciéramos! Buenos días.